

## RELACIONES INTERNACIONALES Y CULTURA

En este capítulo indagamos si la cultura desempeña o no un papel relevante en las relaciones internacionales. Algunos autores contestarían de forma rotunda, polarizada, afirmando que es fundamental, mientras otros incluso ignoran su relevancia. En el contexto de los valores culturales en las relaciones internacionales, dos autores han aportado las reflexiones más interesantes, ambas referidas a escenarios del mundo decididamente contrastantes. Por un lado, Francis Fukuyama predijo el triunfo del mercado y de los valores democrático-liberales, posición que puede denominarse como “optimismo arrogante” (Fukuyama, 1992); por el otro está Samuel Huntington, un “pragmático pesimista”.

En opinión de Fukuyama, una vez que la caída de la Unión Soviética demostró el fracaso del sistema socialista, prevalecieron el modelo capitalista y sus valores liberales. En otras palabras, de acuerdo con este teórico sólo existe un camino a seguir para todos los países y esta circunstancia es, desde su óptica, buena para el mundo en su conjunto. La paz perpetua tan deseada por Kant se alcanzaría mediante la diseminación e incluso la imposición de la economía de mercado y los valores democrático-liberales.

En el lado opuesto del espectro, Samuel Huntington planteaba el punto de vista que podemos denominar “pragmático pesimista”. En su opinión, resultaba muy peligroso tratar de imponer los valores occidentales en otras partes del mundo, ya que esto conduciría inevitablemente a un enfrentamiento entre civilizaciones (Huntington, 1996). El hemisferio oriental, sobre todo en las regiones de religión musulmana, se sentía amenazado precisamente por la cultura occidental, lo que potencialmente podría conducir al mundo al mencionado “choque”. En este sentido, lejos de alcanzar la paz perpetua, la humanidad se acerca a una clara confrontación entre culturas con valores muy distantes entre sí.

En nuestra opinión, no es ni la mera imposición de valores del llamado imperialismo benevolente ni la separación total de las culturas lo que mejor nos podría conducir hacia la paz perpetua. Si en realidad queremos acercarnos cada vez más a ese estado debemos establecer un tipo de relación definida por la comprensión mutua y la aceptación de la posibilidad de cambio por parte de todos los actores.

En este trabajo no se propone la conveniencia de que existan mundos paralelos sin contacto entre sí ni tampoco la imposición de un conjunto único de valores. Más bien, se pretende buscar un mecanismo que nos permita acercarnos a la paz perpetua tomando en consideración que todos somos diferentes. Ambos autores, Fukuyama y Huntington, son relevantes porque otorgan especial importancia a la cultura y no solamente se centran en la explicación del poder, aunque mientras el primero argumenta que es viable imponer los valores democrático-liberales a todas las sociedades y, como consecuencia, vivir en un mundo en donde no exista más que cooperación, Huntington sostiene que la cultura es tan importante que, tarde o temprano, cuando alguien trate de imponer valores diferentes a otros se generará tensión y destrucción.

Empero estos autores no representan un cambio porque ninguno nos ofrece la posibilidad de comprender tanto la cooperación como la tensión y el conflicto en un mundo globalizado, quizá porque, finalmente, sólo aprecian un tipo de cultura. Por otra parte, sus enfoques aportaron dos predicciones fundamentales para el futuro de la política internacional que dominaron la discusión durante los años noventa; sin embargo, de manera por demás interesante, sus teorías predicen diferentes resultados.

Aunque Fukuyama reconoce la fuerza de las culturas diferentes, al final postula una convergencia en la que todos los países adoptarían los valores liberales y democráticos de Occidente, mientras que Huntington considera que el posible “choque de civilizaciones” tendría mayores posibilidades de ocurrir precisamente si Estados Unidos trata de imponer sus valores a otras culturas más tradicionales en las que no existe una separación entre el Estado y la religión.

Una vez que se acepta la existencia y la importancia de las diferentes culturas no se puede dejar de abordar la relación entre ellas. Podremos advertir cómo, aun cuando las dos posiciones sigan diferentes trayectorias, finalmente arriban a la misma idea: la superioridad de una de las culturas sobre las demás. Ahora bien, si realmente deseamos lograr un mundo pacífico, lo cual intentaremos postular como una actitud completamente racional, es necesario dar cabida a la idea de la coexistencia de diferentes culturas que en principio tendrían que considerarse iguales en relación con su derecho a ser reconocidas, aunque también pueda contemplarse la posibilidad de evolucionar hacia algo mejor. La cultura no es algo estático e inamovible sino un fenómeno en constante movimiento y redefinición.

Sostenemos decididamente que la cultura es uno de los aspectos más importantes en la evolución de las diferentes sociedades; por ello, si en verdad existe la voluntad de avanzar hacia un mundo mejor o cuando menos de liberarnos de la incertidumbre de la violencia y de las guerras, debemos tomarla muy en serio a la hora de construir el mejor acuerdo mundial posible. Asimismo, categóricamente afirma-

mos que no sólo basta considerar a la cultura en general como un factor relevante, sino que es indispensable reconocer el valor y la influencia de las distintas culturas nacionales y regionales en particular.

Ni el “optimismo arrogante” encabezado por Fukuyama (1992) —según el cual la democracia liberal ha probado ser un modelo universal único, plausible de ser seguido por todos los países— ni el “pesimismo pragmático” de Huntington, que alerta sobre un choque de civilizaciones, realmente valoran la diversidad cultural. Mientras el primero apuesta por un camino común soslayando las diferencias culturales, el segundo enfatiza la importancia de la cultura occidental para el impulso de las instituciones democráticas, pero menosprecia la posibilidad de desarrollo político de las demás culturas.

### **El optimismo arrogante de Fukuyama**

Fukuyama fue uno de los primeros autores en cuestionar la validez de las teorías realistas sobre la política internacional. Argumentaba que, por algún tiempo, las premisas realistas para explicar la política exterior fueron correctas porque el mundo estaba dividido en ideologías opuestas y, por lo tanto, el viejo liberalismo wilsoniano no podía afrontar la realidad (Fukuyama, 1992: 246); no obstante, este autor también nos advertía acerca del peligro de mantener vivas tales premisas, ya que el mundo había cambiado y la democracia liberal debía guiar las relaciones internacionales. El mundo nos mostraba un mapa en el cual cada vez más naciones se comprometían con la búsqueda de mayores libertades, la instauración de la democracia y el libre mercado; y no sólo en una guerra por el poder.

Para Fukuyama las suposiciones realistas de que los Estados entran en constantes luchas entre ellos para sobrevivir eran incorrectas y sostenía que la razón por la cual pelean entre sí o se someten unos a otros es la búsqueda de reconocimiento (*thymos*) (Fukuyama, 1992: 255). Admite la existencia de un deseo humano de dominio, el cual puede expresarse en algo más que el dominio militar o la voluntad de poder; también puede manifestarse en la búsqueda del crecimiento económico, la libertad o la democracia. A los Estados no los mueve únicamente el poder; también es posible encontrar casos en los cuales el motor de las naciones sea la aspiración al desarrollo compartido o a la instauración de valores legítimos.

A partir de un modelo hegeliano, Fukuyama argumenta que con el triunfo del liberalismo la historia llegó a su fin. De acuerdo con esta interpretación, lo que ocurre es un proceso evolutivo a la manera hegeliana, en el cual se toman en cuenta las experiencias de todos los países, algo así como un fenómeno darwinista de sobrevivencia del más fuerte (teorías e instituciones) o, siguiendo a Noam Chomsky,

toma la forma de una estructura profunda que guía a los países, o bien, la de una historia universal en la que los logros de cada sociedad forman una cadena de experimentos sociopolíticos en busca de una mejoría. No se puede alcanzar un progreso mayor basados únicamente en los principios o en las instituciones subyacentes (Fukuyama, 1992: XII). Es como un diálogo entre las sociedades cuyas respuestas las hacen mejorar.

Este autor considera, asimismo, que la democracia y el libre mercado se han convertido en la mejor combinación posible para resolver los problemas del orden y el desarrollo económico, para lo cual sólo es necesario que existan demócratas que juntos presionen para que se ejerza la democracia y supervisores capaces de preservar las condiciones del mercado.

Durante los años sesenta del siglo xx se suscitó una crisis del racionalismo occidental que dejó a la democracia liberal sin medios intelectuales para defenderse; es decir, en el nivel de las ideas no se producían explicaciones sólidas sobre la legitimidad de la democracia liberal; sin embargo, no se puede dejar a un lado el hecho contundente de que las expresiones de la democracia presentaron serias fallas en su capacidad para resolver los problemas más apremiantes de los países en desarrollo, como la pobreza. Resultaba muy difícil competir con un paradigma que ofrecía igualdad a los olvidados de la Tierra, como lo hacía el marxismo.

Fukuyama percibía que existía una tendencia secular en dirección a la consolidación de la democracia. El politólogo estadounidense de origen japonés celebraba con entusiasmo el retorno del paradigma liberal. Sostenía que los países no tienen más opción que recorrer un mismo camino, el de la democracia liberal, la única dirección posible en una concepción que establece el carácter necesario de la historia universal de la humanidad (Fukuyama, 1992: 48). La idea subyacente es el reconocimiento de que los logros de la humanidad como un todo no se pueden simplemente borrar. Es la idea del progreso lineal.

Resulta inconcebible, por ejemplo, una vuelta a la esclavitud, aunque algunas veces se encuentren en la sociedad, en grupos específicos, formas escandalosas de una esclavitud enmascarada; sin embargo, el mero hecho de que las sociedades en general la condenen significa la posibilidad de que tales prácticas puedan erradicarse en algún momento. Simultáneamente, Fukuyama subraya el punto de que existe una ausencia total de alternativas teóricas a la teoría de la democracia liberal; esto es, no es visible ningún otro paradigma que aborde con coherencia el tema del desarrollo humano global. Se puede concluir, siguiendo su línea de pensamiento, que los individuos se expresan y desenvuelven mejor en una democracia liberal.

Este autor encuentra una clara tendencia histórica hacia la instauración de la democracia en todas las naciones, pero reconoce que en cada caso algunos factores impredecibles, como la actuación de los líderes políticos y la opinión pública,

se combinan e inciden produciendo resultados distintos. El espectro de posibilidades es amplio, pero se llega siempre al mismo final. Este camino resulta muy optimista por la circunstancia de que las democracias liberales no suelen pelear entre sí, pues entre ellas hay confianza y no el deseo de dominio.<sup>10</sup>

Por otra parte, Fukuyama observa atinadamente que la mayoría de las sociedades se ha desarrollado de manera similar: organizaron burocracias estructuradas para que sus funciones sean racionales, además de que se ha impulsado la racionalización del trabajo según los principios de la eficiencia económica, y ello es precisamente lo innovador del asunto. Fue esta particular organización la que poco a poco comenzó a erosionar las prácticas tradicionales de las relaciones clientelares y, algunas veces, fue lo que condujo a la “revolución no planeada”, entre cuyas consecuencias involuntarias se encuentran la de debilitar a algunos grupos económicos basados en lazos tradicionales y abrirle la puerta a la modernización.

Fukuyama asegura que es imposible afirmar que el éxito de los principios de libertad e igualdad insertos en la democracia consista en la derrota de un simple prejuicio etnocéntrico, sino que es “un descubrimiento sobre la naturaleza del ser humano en tanto humano [...]” (Fukuyama, 1992: 51). En este sentido, obviamente sostiene que los valores occidentales son universales, por lo que estamos frente a una posición muy fuerte con hondas consecuencias para las naciones y los pueblos, la cual amerita una reflexión más profunda.

En opinión de este científico social, no hay contradicción posible entre el liberalismo y la democracia. En otros términos, el surgimiento de algunos grupos de personas descontentas con los valores occidentales no invalida el argumento. No es claro lo que esto significa; sin embargo, aparentemente quiere decir que no hay un estado social de las cosas ni una concepción de la sociedad que satisfagan todas las necesidades humanas y, a la vez, apoyen un distinto arreglo institucional y un diferente conjunto de valores que los democrático-liberales. Según el autor, no existe “otro tipo de régimen u organización social que pueda proveer una forma más elevada de satisfacción” (Fukuyama, 1992: 139).

La creación de civilizaciones es la característica fundamental de la historia, las cuales en determinados momentos generan elementos de tensión que provocan contradicciones que pueden evolucionar en algo diferente. Para Fukuyama, el denominado proceso dialéctico de la historia ha llegado a un grado de evolución tan avanzado que ya no genera más contradicciones que superar. Estamos ante el fin de la historia y el triunfo definitivo de la democracia liberal.

<sup>10</sup> Esta premisa de la teoría liberal ha sido seriamente cuestionada, pues Estados Unidos ha demostrado, a pesar de su sistema liberal democrático, su gran interés por obtener el dominio de los recursos en el mundo.

Algunos sucesos históricos parecen fortalecer el paradigma de Fukuyama. El mundo socialista se estremeció con la caída del muro de Berlín. Se ha vuelto obvio que los regímenes totalitarios con sistemas cerrados de planificación económica no lograron alcanzar el éxito en su promesa de satisfacer las necesidades humanas más elementales ni en crear los incentivos necesarios para que el sistema creciera, además de que incluso llegaron a establecer prácticas cuestionables para cualquier ética del trabajo. En ese sistema, los trabajadores carecen de incentivos para innovar y los burócratas que planean la economía no cuentan con la flexibilidad necesaria para inventar nuevas tecnologías.

El proceso para administrar la producción era tan pesado y rígido que dejaba poco tiempo y espacio para que la imaginación se encargara de buscar el avance humano. Más aún, el sistema que supuestamente se preocupaba en lograr mayores beneficios para los trabajadores en los hechos ignoró a las masas y se concentró en favorecer a una burocracia privilegiada.

Al mismo tiempo que las promesas del socialismo parecían marchitarse en la desesperación, el capitalismo entraba, a pesar de sus problemas, en un ciclo de expansión que por lo menos ofrecía esperanzas. Todo ello dio como resultado la euforia de “los buenos tiempos”, que trajo consigo la posibilidad de no conformarse solamente con el juego de suma cero que se llevaba a cabo en las interacciones entre los países. Por primera vez se concibió a las relaciones internacionales como un campo en el que las partes podían recibir y compartir los beneficios por medio de la cooperación y el compromiso de resolver en conjunto los desafíos mundiales.

La apertura de los sistemas económicos como tendencia mundial también requería de la apertura paralela de los sistemas políticos. Fukuyama señaló que, si bien todos los gobiernos, democráticos o no, tienen buenos y malos momentos, la legitimidad del sistema es el elemento que facilita la capacidad para sobrellevar las adversidades (Fukuyama, 1992: 39). Esta idea resulta fundamental porque, aun cuando este teórico de la política reconoce que algunas veces los gobiernos democráticos pueden cometer errores, sus decisiones se apoyan en el consenso de la población, y es por ello que cuando se presentan problemas económicos específicos el sistema en general resiste y no se cuestiona su legitimidad.

El autor no pasa por alto en su análisis al fundamentalismo musulmán e incluso señala un incremento del mismo como consecuencia de la amenaza que perciben los grupos religiosos ortodoxos a su civilización. La democracia liberal persigue valores tales como la participación, la racionalidad, la secularidad, la movilidad, la empatía y la tolerancia, algunos de los cuales representan una amenaza para los musulmanes. Allí donde no existe separación entre la Iglesia y el Estado por lo general surge algún líder carismático y autoritario; también allí donde el vínculo entre la familia y el grupo es extremadamente valorado y se considera la fe propia como la

única verdadera y ni siquiera se intenta comprender otros valores; empero, no hay nada inherente a las diversas culturas nacionales y transnacionales que pueda detener la instrumentación y consolidación de la democracia liberal.

Fukuyama señala que Turquía y la India han conseguido avances importantes en este tema: muestran que es perfectamente posible continuar siendo musulmanes y tener un acercamiento a una tendencia secular. El hecho de que muchas culturas empezaron siendo autoritarias nos permite pensar en una plétora de posibilidades democráticas en casi todas ellas. En algunos casos el liberalismo político no se puede autosostener; necesita de algunos elementos irracionales de la cultura tradicional para afianzarse. Lo anterior significa que no es necesario que la cultura se desvanezca con el advenimiento del liberalismo político, sino que, por el contrario, lo esencial es protegerla apoyándose con la arquitectura conceptual que éste proporciona. Así, sólo cuando los movimientos fundamentalistas establecen valores incompatibles con la democracia liberal puede surgir la confrontación (Fukuyama, 1992).

En opinión de este intérprete de la realidad internacional, la idea de relativismo cultural desaparecerá y los países se darán cuenta de que la racionalidad humana y su necesidad de reconocimiento se expresan mejor en la democracia liberal. No importa cuántas vueltas requieran dar las naciones, al final encontrarán la mejor ruta para llegar a ella.

### **El pesimismo pragmático de Huntington**

Cuando aún se disfrutaba de la euforia provocada por los éxitos del capitalismo liberal, los sucesos del 11 de septiembre de 2001 revitalizaron otro paradigma que estaba casi olvidado.

La perspectiva opuesta a la de Fukuyama representa lo que podemos denominar el “enfoque cultural del pesimismo pragmático”. Samuel Huntington (1996) no alcanza a vislumbrar el desvanecimiento de unos valores y el surgimiento de otros mejores. Por el contrario, en su opinión algunas de las civilizaciones más antiguas se sienten amenazadas por los valores occidentales, y es por ello que se produce una especie de giro hacia el fundamentalismo. Tales circunstancias conducen a Huntington incluso a predecir un choque de civilizaciones y ha encontrado que existen seis u ocho civilizaciones que en lugar de asimilarse al modelo democrático liberal marcan constantemente sus diferencias e intentan fortalecerse para encarar la amenaza occidental. Antes de continuar, empecemos por definir brevemente el concepto *civilización* como una entidad cultural que puede contener uno o más Estados nacionales.

La globalización se caracteriza, entre otras cosas, por la circunstancia de que las civilizaciones experimentan un contacto cercano entre ellas debido a la revolu-

ción de la información. Promueve una interacción continua entre culturas lejanas geográfica, histórica y axiológicamente, pudiendo parecer cada día más cercanas; no obstante, al mismo tiempo su antagonismo crece y vuelven a alejarse unas de otras. Se hacen más conscientes de su identidad y buscan enfatizar sus diferencias. Debido a la globalización, incluso hasta los países vecinos cuestionan casi todas las prácticas sociales cotidianas, lo cual se percibe como una de sus principales amenazas.

Huntington considera que, en nuestros días, la fuente principal del conflicto entre las civilizaciones no es económica ni ideológica, sino cultural. La vieja cortina de hierro fue sustituida por la cortina de terciopelo de la cultura. Así, mientras que antes la oposición se ubicaba en términos ideológicos, hoy la tensión se manifiesta en el ámbito cultural. La modernización económica aleja al hombre de sus identidades tradicionales en el nivel local y debilita al Estado como una fuente de construcción de la identidad nacional. En consecuencia, en la mayoría de los casos la religión llena este vacío. La identidad es cultural. Por ello no es tan fácil permitir que se establezcan cambios culturales en un entorno hostil. La aceptación del cambio cultural es al mismo tiempo la redefinición de la identidad.

Para las personas occidentales, la secularización es una parte obvia de la modernización; es precisamente la primera la que permite que personas de distintas culturas y creencias religiosas puedan vivir juntas y resolver sus problemas. Ahora bien, Huntington argumenta que en otras civilizaciones se ha cuestionado la secularización del Estado y se ha sentido la necesidad de un gobierno fuerte que defienda la cultura y la religión. Se ha dicho que incluso las elites educadas en el mundo occidental, las que solían considerar los valores occidentales como el modelo a seguir, han volteado hacia sus raíces: lo local se convierte en la mejor fuente de identidad. Incluso los niños criados en Occidente se autoidentifican en oposición a éste (Scruton, 2002: x).

Una vez que el mundo bipolar llegó a su fin y Estados Unidos se erigió como el único vencedor, las demás civilizaciones se sentían amenazadas por la imposición de los valores occidentales y del credo estadounidense: individualismo, liberalismo, democracia, el imperio de la ley, los derechos humanos y la libertad cultural. Podemos agregar, de acuerdo con Seymour Martin Lipset, el excepcionalismo de doble filo que caracteriza a la cultura de ese país: la violencia, el sexo, el alcohol y las drogas, y también el consumo obsesivo, que acompañan a los valores antes mencionados (Lipset, 1997). Se trata de una imposición que inevitablemente propició una respuesta fundamentalista más profunda.

Según Huntington, para que Estados Unidos sobreviva tiene que reafirmar sus valores y ello significa su compromiso con la civilización occidental (Huntington, 1996: 307). Internamente, lo anterior implica impedir que el multiculturalismo crezca en exceso; en el exterior, significa tener una identidad diferente de la de las

otras civilizaciones así como aceptar su existencia. Prevé, asimismo, que la migración puede ser peligrosa para los valores occidentales, puesto que conlleva el multiculturalismo. Los inmigrantes son peligrosos cuando rechazan la asimilación y pretenden continuar con los usos de sus culturas de origen. Al oponerse a los valores de la libertad, la democracia y el individualismo tal como lo entiende esa nación también repudian lo que significa ser estadounidense.

Según Huntington, aunque a principios de los noventa del siglo pasado la economía mundial nos vendía la ilusión de que las similitudes entre las naciones eran mayores que las diferencias, e incluso algunos autores previeron la inminente igualdad de las culturas, las diversas conexiones de la economía también generaron resentimiento en algunas regiones y áreas. Al mismo tiempo que el mundo se vuelve más pequeño, también se incrementan las interconexiones entre personas de civilizaciones distintas, las cuales refuerzan la conciencia de la propia civilización y de la diferencia respecto de los “otros” (Huntington, 1993).

Dado que la integración económica y el comercio tienen límites, siempre existirá una brecha cultural y diferencias entre y dentro de las civilizaciones, donde muchas veces la religión es un factor relevante de separación (Huntington, 1993: 227). El autor subraya que la religión ha vuelto a tener un papel importante en la definición de la identidad de la población estadounidense, que se define como protestante disidente. Aunque se pensaba que la religión había perdido importancia al darse la separación entre la Iglesia y el Estado, las circunstancias han dado un giro en busca de una identidad religiosa.

De acuerdo con Huntington, los universalistas occidentales sostienen, de manera normativa, que las personas de todo el mundo debieran adoptar los valores, las instituciones y la cultura occidentales porque encarnan el pensamiento más elevado, iluminador, liberal, racional, moderno y civilizado de la humanidad (Huntington, 1993: 304). Y aunque, efectivamente, son los más altos valores que cualquiera pudiera desear, no todos los ven desde la misma perspectiva.

Si bien es cierto que los occidentales aprecian su modelo de desarrollo, algunas otras culturas ven la otra cara, que bien pudiera ser la faceta más negativa del capitalismo. Consideran los valores occidentales como egoístas, corruptos, promotores de la obsesión por el consumo, materialistas y no religiosos. Percibidos así, constituyen una amenaza para todas las civilizaciones, en particular para la musulmana.

Huntington advierte que precisamente pensar en los valores occidentales como algo absoluto es incorrecto, peligroso e inmoral. No existe una civilización universal, sino varias y muy diversas. Esa manera de pensar es la que provoca que otras se sientan amenazadas por el universalismo imperialista. Más aún, de acuerdo con este autor, esta circunstancia es peligrosa porque otras civilizaciones pudieran llegar a destruir a la occidental. En su opinión, los líderes occidentales no debieran

intentar moldear a otras civilizaciones imponiéndoles sus valores, porque dicha tarea está más allá de su voluntad. Por el contrario, tendrían que defender las cualidades únicas de su civilización y no su universalidad.

Este pensador considera incorrecta la idea de Fukuyama según la cual los valores occidentales terminarán por convencer a las personas y finalmente serán aceptados. Muy por el contrario, argumenta que existen algunas culturas que por su propia naturaleza se oponen a ellos. Considera, asimismo, que no sólo los fundamentalistas son peligrosos. Los musulmanes en general están convencidos de su superioridad y obsesionados con la inferioridad de su poder (Huntington, 1993: 217), circunstancia que genera una gran probabilidad de conflicto.

Hacia el exterior, Estados Unidos no tiene más opción que aceptar la coexistencia con otras civilizaciones y evitar la tentación de cambiarlas; internamente se propone detener el multiculturalismo porque éste podría destruir sus valores. Este país cuenta, en su opinión, con una identidad que se liga con sus valores liberales democráticos.

De forma ciertamente curiosa, en sus últimas obras Huntington describe una tendencia de Occidente hacia la democracia; sin embargo, considera que no se trata de un camino lineal. Al referirse al mundo occidental, sostiene que se presentan olas democratizadoras y específicamente concentra su atención en una de ellas: la tercera ola de la democratización (Huntington, 1991).

Para construir su metáfora de las olas expone la interesante idea de que en el camino de la democratización hay puntos altos y bajos. No es un proceso en el que se llegue a una culminación y entonces todo se paralice, sino que las personas constantemente deben reforzar las instituciones democráticas. Es muy importante recordarlo porque las sociedades, incluida la de Estados Unidos, pueden llegar a poner en peligro a sus propias instituciones democráticas largamente construidas, basta recordar la situación crítica surgida con las elecciones de 2000.<sup>11</sup>

Huntington propone la idea de la ola y rechaza la del camino lineal y directo, y en cierto sentido percibe una tendencia similar en la mayoría de los países, pero no en todas las culturas, sino sólo en aquellas que no presentan contradicciones con los valores democráticos. Aunque la ola, por supuesto, tiene retrocesos, siempre regresa, lo cual nos remite a la idea de los ciclos continuos (Huntington, 1991).

Este filósofo político se refiere de forma particular a la tercera ola, explicando que se trata de un periodo de transición de los años setenta del pasado siglo, cuan-

<sup>11</sup> Recordemos que en esas elecciones los demócratas detectaron muchas irregularidades en los comicios de Florida y exigieron un recuento. El estado era gobernado por Jeff Bush, un republicano hermano del presidente George W. Bush. El caso llegó hasta la Suprema Corte dominada por ministros conservadores que decidieron que cesara el recuento, una decisión de cinco votos contra cuatro a favor de George W. Bush. Muchos demócratas pensaron que les robaron la elección pero acataron la decisión.

do treinta países se volvieron democráticos en Europa, Asia y América Latina, aunque en los noventa algunos volvieron al autoritarismo. Al respecto, tanto Alexis de Tocqueville como Francis Fukuyama afirmaron haber descubierto una trayectoria o tendencia democrática, mientras que Huntington establece que no se trata de una trayectoria lineal, sino que también se puede retroceder, pues existen obstáculos culturales, económicos y políticos para la instauración y el funcionamiento de la democracia o, poniéndolo en otras palabras, existe una relación muy compleja de muchos factores políticos, económicos, culturales y sociales, lo que constituye suelo fértil para que crezca la democracia y se consolide. En última instancia, no es posible afirmar la existencia de una tendencia ahistórica y fatalmente necesaria que genera la democracia, sino que más bien lo hacen los líderes capaces que aprovechan las oportunidades.

Las democracias en transición tienen que evitar caer, de acuerdo con Huntington, en el dilema del desempeño (Huntington, 1991: 258): si no cumplen con lo prometido pierden legitimidad. Para evitar tener que enfrentar ese dilema lo mejor es no atribuir la legitimidad a la eficiencia sino al proceso mismo. El sistema tiene que ser legitimado por el proceso democrático, lo cual significa que si no se cumplen las promesas ello puede deberse a un contexto internacional negativo; en este sentido, las personas no cuestionan la democracia en sí, sino al entorno desfavorable.

En las democracias todavía no consolidadas de América Latina la euforia por este sistema de gobierno ha desaparecido, abriéndole el paso a la frustración, sobre todo debido a que las economías no han producido la redistribución esperada. Ante esta circunstancia, no queda más que desear que las personas se desencanten sólo con los líderes y no con el sistema democrático en su conjunto. La democracia, afirma Huntington, acepta la idea de que los líderes son falibles, pero al mismo tiempo proporciona la ingeniería política para cambiarlos (Huntington, 1991: 262). A final de cuentas, todos los gobiernos tienen problemas, pero el futuro de cada uno depende de su habilidad para resolverlos o minimizarlos.

El autor de *La tercera ola* argumenta que algunas veces los líderes de ciertos países no comparten los valores democráticos justamente porque pertenecen a culturas opuestas a la democracia. En su libro sobre el choque de las civilizaciones (Huntington, 1996) matiza su posición al establecer que no es la teoría del islam la que *choca* con la democracia, sino su práctica. Es la secularización del Estado el elemento que en el mundo occidental constriñe a la religión al ámbito de lo privado; sin embargo, en el islam la religión y el Estado se encuentran entremezclados de manera muy estrecha, pues las autoridades religiosas son también las autoridades políticas y las penalidades infligidas a los ciudadanos son sobre todo por razones de índole religiosa.

## Cultura y democracia

Sabemos que la democracia es, en última instancia, un mecanismo procedimental que no asegura el mejor resultado desde el punto de vista socioeconómico. Más aún, cuando se han establecido instituciones democráticas en ciertos países musulmanes algunas veces, paradójicamente, la voluntad popular ha favorecido a líderes fundamentalistas que tratan de limitar el alcance de los valores occidentales, entre ellos los democráticos. A este fenómeno se le ha llamado *paradoja de la democracia*.

De acuerdo con diversas encuestas realizadas en países árabes, existe un claro entusiasmo hacia los valores ligados estrechamente con Estados Unidos, como la libertad de expresión, el pluralismo político y la igualdad bajo el imperio de la ley. Ahora bien, estas mismas personas encuestadas consideran que Osama Bin Laden era un líder confiable (Albright, 2003). Es difícil explicar el aprecio simultáneo por los valores estadounidenses y por un líder que precisamente luchaba contra Estados Unidos. Desafortunadamente, algunos musulmanes han señalado la necesidad de emprender una *jihad*, o guerra santa, para destruir el imperio del mal. Algunos piensan que morir en esta guerra es un honor y, por lo tanto, un camino a la salvación y a la santidad. Con toda claridad, algunos han percibido el predominio de Estados Unidos como una amenaza directa a su propia civilización y, aunque se ha argumentado que el suicidio está prohibido por el *Corán*, algunos grupos lo han aceptado como una necesidad en la lucha contra Satán, de la cual han decidido volverse mártires (Scruton, 1996: 122).

Samuel Huntington nos explica que una de las principales contradicciones de la democracia radica en que, en lugar de debilitar a las fuerzas que luchan contra Occidente ayuda a fortalecerlas (Huntington, 2001: 232). Nada hay que pueda asegurarnos que si se instaura la democracia en algún país la ciudadanía elegiría a un líder pro occidental. Otro ejemplo: en México se ha llevado a cabo un proceso de democratización que data por lo menos de hace 18 años, no obstante que otras naciones, incluyendo a Estados Unidos, no han tomado en cuenta estos avances. Sólo hasta que Vicente Fox, el candidato de un partido conservador de oposición, llegó la Presidencia, se reconoció a nivel internacional la existencia de democracia en México.

Ya se habían producido transformaciones democráticas y la prueba es que todos los cambios de gobierno se realizaron mediante procesos electorales no muy distintos de los de cualquier otra democracia occidental y en total calma. Muchos pensaron que con la llegada de un presidente de la oposición el nuevo gobierno comenzaría una nueva era en las relaciones con Estados Unidos que superaría las tradicionales lunas de miel del pasado, y que dicho cambio iba a durar para siem-

pre, que el bono democrático consolidaría esta nueva relación; sin embargo, paradójicamente la democracia aceptada por Estados Unidos llevó la relación entre los dos países a su nivel más bajo. Un caso extremo en esta misma dirección es el del presidente Hugo Chávez, en Venezuela, quien aunque llegó al poder a través de un proceso democrático se convirtió en un fuerte enemigo de Estados Unidos y manipuló las instituciones democráticas mediante masivas movilizaciones populistas para consolidar su poder autoritario.

En resumen, el prestigiado politólogo de Harvard consideraba que las tensiones entre las civilizaciones serían cada vez mayores y más duraderas. Para él, el más grave error consistiría en asumir que una ola de “occidentalización” resolvería todos los problemas, a la manera de Fukuyama. Estados Unidos no podrá, ni debería intentarlo, imponer un imperialismo cultural, no importa cuántas personas crean en la superioridad de sus valores. Inclusive, esta idea de tratar de imponer los valores occidentales como los universalmente válidos tiene la consecuencia no deseada de causar un gran rechazo en otras civilizaciones, argumenta Huntington, pues éstas se sentirán amenazadas. Es necesario tratar de entender al “otro” porque una civilización no triunfará sobre las demás, sino que será preciso *aceptar* la coexistencia de varias.

## **Después del 9/11. Reajuste de paradigmas**

Ambos autores continuaron desarrollando sus teorías después del 11 de septiembre de 2001, aunque ninguno cambió sus premisas centrales. Lo que resulta sorprendente es que Huntington decidió no escribir sobre el choque de civilizaciones en este caso concreto, sobre el que incluso había teorizado y por el cual fue citado inmediatamente tras los acontecimientos de ese año, aunque sí profundizó en los conflictos internos de Estados Unidos concernientes a la inmigración mexicana.

En sus escritos posteriores al 11 de septiembre, Fukuyama subrayó que la globalización se puede revertir, lo que es importante porque, según nos advierte, no se trata tan sólo de un movimiento incontrolable de las fuerzas de producción. Claramente debe existir la voluntad de los líderes para dirigir a sus naciones en esa dirección; por lo tanto, queda implícita la necesidad de reflexionar si verdaderamente la deseamos o no, más que asumir su inevitabilidad (Fukuyama, 2003).

En este sentido, conviene pensar en las consecuencias de las propuestas. En el proceso de globalización hay costos y beneficios, ganadores y perdedores. Lo complejo es que cada sociedad logre equilibrar esos costos y beneficios con su situación. Así, los buenos líderes obtendrán ventajas de los cambios mundiales o locales, o los detendrán si no resultan benéficos para la mayoría de la población. Intentarán lograr un equilibrio entre las ventajas y las desventajas en favor de la

sociedad, y revertir la cada vez más alta concentración de los beneficios en unas pocas manos.

Sin desestimar sus dificultades, podemos afirmar que la apertura es más beneficiosa para el mundo que el proteccionismo y la cerrazón (Bhagwati, 2005). De hecho, los periodos asociados con la apertura se caracterizan por un crecimiento generalizado y, por tanto, hay más que distribuir, aunque es importante que se logre que las ganancias alcancen a la sociedad como un todo. Por ello, cada sociedad debería involucrarse en este debate y realmente abocarse a dirigir la globalización, más que a padecerla.

Recientemente Fukuyama argumentó que luego de un periodo de crecimiento, de progreso político y de la caída del comunismo, se observó un retroceso en el mundo, donde sin discusiones domina Estados Unidos. El politólogo de Columbia previó un periodo difícil de política exterior basada en la fuerza (Bhagwati, 2005). Al analizar la “desmedida reacción” que tuvo Estados Unidos como consecuencia del 11 de septiembre expresó su preocupación de que una tendencia aislacionista pudiera dominar el ámbito de la política exterior de la potencia, lo cual, en su opinión, significaría una regresión. El unilateralismo que mostró la administración de George W. Bush Jr. no fue la mejor manera de abordar tales asuntos. El autor piensa que es necesaria la cooperación entre los países para enfrentar el terrorismo, si realmente lo que se quiere es encontrar una solución. Ahora bien, hasta el momento no se ha manifestado la orientación hacia el aislacionismo visualizada por Fukuyama.

Por el contrario, los neoconservadores han dominado el ámbito de la política exterior estadounidense y son claramente intervencionistas y partidarios del unilateralismo hacia la mayoría de los países. Ejemplos contundentes son las guerras de Afganistán y de Irak. Aun considerando estos tiempos de conflicto y de gran tensión entre Estados Unidos y el mundo musulmán, Fukuyama mantiene su hipótesis original de que a la larga no existe alternativa alguna a la democracia liberal moderna y a las instituciones económicas que surgen del mercado.<sup>12</sup> Al final, la democracia liberal demostrará que es la única opción política real, opina.

Al mismo tiempo que decreta éste como el único camino hacia el futuro, subraya que la agenda principal de nuestro orden mundial es fortalecer las instituciones del Estado, para que la trayectoria enunciada sea posible. Señala que en muchos países subdesarrollados el Estado es aún muy débil, por lo que no se puede garantizar ni el orden ni la seguridad ni el imperio del derecho ni un gobierno limpio y transparente.

De acuerdo con el autor de la tesis del fin de la historia, Estados Unidos es indudablemente la principal potencia del mundo, y ni Rusia ni China ni la Unión

<sup>12</sup> Aunque comparto su maravilloso deseo, es una lástima que *a la larga* todos estaremos muertos, como solía decirlo Keynes, y por ello no podremos constatar la verdad o falsedad de su predicción.

Europea se le acercan. Algunos países pequeños se sienten tan amenazados que quisieran utilizar las instituciones multilaterales para ponerle ciertos límites a la todopoderosa nación norteamericana. Esto último, desde luego, no le gusta nada a este país, que sin embargo debe llegar necesariamente a un arreglo que reconozca los efectos de su poder.

El mundo se ha vuelto más complejo. La guerra contra Irak lo demuestra. No todos los países europeos ni tampoco todos los de Latinoamérica apoyaron a Estados Unidos; algunos como Rusia y China se abstuvieron, pero algunas naciones árabes sí lo apoyaron. Resulta imprescindible un proceso de construcción de la confianza internacional, sobre todo si Estados Unidos pretende luchar contra la amenaza del terrorismo en el mundo.

Desde la perspectiva de Huntington, el previsible choque de civilizaciones nos deja sin salida: inevitablemente las culturas y valores opuestos se enfrentarán. Si tratamos de evitarlo, la teoría fallaría porque no se daría la confrontación, pero si nos quedamos cruzados de brazos, esperando, la colisión nos destruirá. De alguna forma este pensador plantea un problema sin solución.

La teoría de Huntington visualiza dos niveles de choque: uno entre civilizaciones y el otro dentro de cada una. La principal hipótesis es que el enfrentamiento entre ellas sucedería porque los valores más importantes de las culturas opuestas están en conflicto. Alguna podría llegar a percibir que la amenaza a su existencia crece y, por lo tanto, tendría que luchar por su subsistencia. Respecto del otro nivel, el autor habla de una estructura profunda dentro de la civilización occidental que inevitablemente conduce a las sociedades hacia la democracia, aunque también especifica que son imprescindibles los buenos líderes para sacar ventaja de estas tendencias, mientras que los malos sólo consiguen que las sociedades experimenten retrocesos en la ola democratizadora.

En "The Hispanic Challenge", el politólogo amplió su perspectiva sobre los problemas actuales de Estados Unidos (Huntington, 2004). Vuelve a subrayar que el factor fundamental es la cultura y que la principal amenaza es interna, debido al creciente multiculturalismo, mientras que la otra preocupación es externa y la encarna el mundo musulmán, debido a que también se siente amenazado. De manera sorprendente y sin considerar los frecuentes atentados perpetrados en varios países por musulmanes extremistas, enfatiza en su artículo el peligro que significa la inmigración hispana a Estados Unidos, particularmente la mexicana.

Posteriormente, basado en el artículo anterior, publicó el libro *Who Are We?* El politólogo comienza su obra recordándonos que los primeros colonos de Estados Unidos eran predominantemente británicos protestantes. Fueron ellos la fuente de una cultura, unos valores y unas instituciones que dieron forma al nuevo país; crearon el llamado "credo estadounidense". Debido a que hubo más migraciones de

muchos otros países y también como consecuencia de los movimientos por los derechos civiles, “la identidad estadounidense se define hoy día en términos de cultura y credo” (Huntington, 2004: 1).

En opinión de Huntington, la migración mexicana es completamente diferente de los migrantes tradicionales (irlandeses, franceses, italianos y alemanes, en décadas anteriores), porque insiste en hablar su idioma, así como en mantener su cultura y sus valores. Por ello, afirma, rechaza lo que significa ser estadounidense. En términos generales, se opone al credo “norteamericano”, a la lengua inglesa, al compromiso religioso, al imperio de la ley, a la propiedad privada, al individualismo, a la ética del trabajo y a la creencia en el deber de crear el cielo en la Tierra, elementos que constituyen la identidad nacional de la potencia del Norte (Huntington, 2004).

Según este autor, a lo largo de la historia diferentes culturas inmigrantes han enriquecido a la cultura fundadora. Argumenta que Estados Unidos no sería el mismo si hubiera sido colonizado por otras culturas; sin embargo, en su opinión, la forma más reciente del multiculturalismo ha subrayado la identidad del grupo con base en la raza, la etnia y el género, lo cual marca una clara diferencia; en consecuencia, la identidad nacional ha sufrido. Todo ello como resultado de la globalización, que está poniendo en riesgo al Estado nacional. Por ello, asegura que “en esta nueva etapa, el riesgo individual más inmediato y más serio para la identidad tradicional estadounidense proviene de la inmensa y continua inmigración desde América Latina, especialmente de México, y de las tasas de natalidad de esos inmigrantes, comparadas con las de los negros y las de los nativos estadounidenses blancos” (Huntington, 2004: 2).

El que la asimilación no se haya dado como en otros casos —el africano, el asiático y el europeo— preocupa a este autor, más aún, si no se le concede la necesaria importancia, pues Estados Unidos podría llegar a convertirse en una nación de dos pueblos con dos culturas distintas. Además, afirma que si se detuviera el flujo de migrantes mexicanos los salarios de los ciudadanos estadounidenses de bajos ingresos inmediatamente mejorarían y, también, otras personas tendrían el incentivo de aprender inglés y su educación y capacitación serían mucho mejores; sin embargo, lo que más le preocupa es que la migración mexicana es la causa de un “riesgo potencial a la integridad cultural y política del país” (Huntington, 2004).

Sostiene que la diferencia entre la migración mexicana y las demás se debe a los siguientes aspectos:

- *Contigüidad*: Dado que México y Estados Unidos son vecinos, la gente sigue estando cerca de sus familias y migran no sólo para obtener un trabajo sino por las amplias diferencias salariales.

- *Escala*: La migración mexicana constituyó 27.6 por ciento del total de la población estadounidense nacida en el extranjero en 2000 (Huntington, 2004: 3). La población latina es, en general, más joven y tendrá más hijos.
- *Ilegalidad*: En 2000 se estimaba que los 4.8 millones de mexicanos indocumentados representaban 69 por ciento de ese sector de población en Estados Unidos.
- *Concentración regional*: Los mexicanos se han concentrado en el sur de California. En 2000 se estimaba que alrededor del 70 por ciento de los estudiantes del condado de Los Ángeles eran latinoamericanos, predominantemente mexicanos.
- *Persistencia*: Ha habido diversas olas de inmigración, que han representado cambios, pero el flujo de mexicanos es continuo.
- *Presencia histórica*: Este grupo podría hacer un reclamo histórico sobre territorio hoy estadounidense pues, como sabemos, Texas, Nuevo México, Arizona, California, Nevada y Utah fueron parte de México.

Huntington argumenta que ya son tres las generaciones de mexicanos que han evitado asimilarse a la cultura anglosajona y no hablan inglés; sin embargo, podríamos señalar que hemos observado una marcada diferencia entre, por ejemplo, mexicanos y cubanos. Cuando un mexicano viaja a Estados Unidos y se encuentra con algunos mexicano-estadunidenses, normalmente hablan en inglés, lo que resulta sorprendente para nosotros, pues nos inclinamos a pensar que una persona con raíces y rasgos mexicanos hablaría en español. Por el otro lado, la comunidad de origen cubano de Miami habla mayoritariamente en español. A pesar de que no existan migraciones constantes desde Cuba, el español se ha conservado mucho más entre los cubanos de Florida que entre los mexicanos de California, sobre todo a partir de la segunda generación, ya nacida en territorio estadounidense, pero Huntington no ha sido capaz de notar esta diferencia.

También pensamos que el español se ha conservado porque es un área de oportunidad para los mexicano-estadunidenses incluso en términos comerciales. Sólo ellos pueden enseñar español y centrarse en los estudios latinoamericanos, espacios singulares de progreso para esta comunidad. Estamos seguros de que ahora que están comenzando a ganar posiciones de influencia en la política se abrirán otras áreas de oportunidad y el español como tal será menos necesario.

Huntington se muestra conmovido porque a los afroamericanos se les exige que hablen más de un idioma; no obstante, consideramos, no se debe culpar a los mexicano-estadunidenses por ello. En algunos países europeos es sorprendente y maravilloso constatar que incluso un conductor de taxi habla hasta siete idiomas. Por otro lado, resulta paradójico que un hombre culto como Huntington menos-

precie el gran valor de conocer y poder comunicarse en varias lenguas, pues es abrir nuestro compás de entendimiento al acceder de manera más directa a otras culturas, lo que nos enriquece.

Aunque lo que realmente Huntington siente como una amenaza es el uso de la lengua española. Piensa que, en el largo plazo, la tendencia demográfica actual dividirá a Estados Unidos en “un país con dos lenguas y dos culturas”. Argumenta que para que los mexicanos puedan compartir el sueño americano lo deben hacer en inglés, ya que de lo contrario se volverán una pesadilla. Según este teórico se están creando dos culturas opuestas que pueden originar, finalmente, la creación de dos países distintos, con diferentes idiosincrasias porque en última instancia el idioma y la cultura resultan fundamentales para la definición de la identidad.

Consideramos que lo que Huntington expuso en ese polémico libro entra en el terreno de lo ideológico y no de lo académico, pero conscientemente eligió escribirlo así, porque quería llegar a la mayoría de la población y no sólo a la elite de los intelectuales. Sabía que utilizar una conocida entrevista de Robert Kaplan con un inmigrante como prueba de que los mexicano-estadunidenses no creen en la educación y en el trabajo duro no es justo ni serio ni demuestra absolutamente nada. Resulta poco científico hacer una generalización a partir de un solo caso. Por ello no debería constituir una prueba académica; sin embargo, al parecer no le importa.

Si bien pensamos que en este caso Huntington ofrece una visión superficial, también creemos que no puede obviarse, porque contiene cierta verdad. La inmigración indocumentada mexicana sigue en aumento y está causando el rechazo de la sociedad estadounidense,<sup>13</sup> pero su libro sigue siendo del tipo de los discursos pseudoacadémicos que es necesario evitar, pues sólo contribuyen a profundizar el distanciamiento entre la población blanca anglosajona y protestante (WASP) y los mexicano-estadunidenses.

El resultado es un discurso que se vuelve dominante en Estados Unidos generando tensión, conflicto, xenofobia que no sólo afecta a los mexicanos, sino a todos los llamados hispanos, pues todos estos migrantes son vistos como lo mismo. Escribir un libro sólo para resaltar los problemas vinculados con la migración mexicana y cuya conclusión sea que es el mayor peligro para la sociedad estadounidense es ignorar el gran aporte de este grupo al desarrollo de la economía más importante del mundo.

A pesar de la forma ciertamente artificial en que Huntington mezcla la información para sustentar su teoría, tiene alguna razón en algo que no podemos ignorar: es un hecho que existen enclaves mexicanos en la sociedad estadounidense. No concordamos con él en que permanecen de esta forma porque así lo desean, sino

<sup>13</sup> Recientemente Arizona aprobó la ley SB 1070, que puede ocasionar la proliferación de prácticas discriminatorias, toda vez que la policía puede solicitar documentación a las personas por la sola presunción de que parecen mexicanos.

que consideramos que es posible demostrar que es la propia sociedad estadounidense la que propicia una situación que el propio Huntington ha denominado “la pesadilla estadounidense”. Si pudieran hacerlo, todos lo mexicano-estadunidenses buscarían alcanzar el sueño americano.

Aunque Estados Unidos es aparentemente una sociedad abierta, la mayoría de los grupos de inmigrantes encuentran difícil ocupar puestos en todos los ámbitos laborales. Salvo en algunas excepciones, los mexicanos en Estados Unidos —incluso quienes cuentan con educación superior— no disponen de una amplia gama de posibilidades respecto de dónde trabajar. Por lo anterior, uno de los campos en los que suelen concentrarse los más preparados es la educación, particularmente impartiendo cursos de español o sobre temas relacionados con América Latina. De cierta forma luchan por mantener el estrecho espacio de trabajo al que, en muchos casos, son relegados por los estadounidenses blancos.

Para entender la política exterior en el ámbito internacional hasta ahora hemos repasado los enfoques realista e institucionalista, y dentro de este último nos hemos centrado especialmente en los dos autores que ponen una particular atención en los factores culturales. A pesar de que ambos resaltan el papel de la cultura como lo hemos podido constatar, sus propuestas respecto de las relaciones internacionales son diametralmente opuestas. Fukuyama, recordemos, postula la existencia de una estructura profunda que guía inevitablemente a los países hacia la democracia liberal capitalista, aunque también argumenta que es imprescindible la voluntad política para alcanzarla y que la mayoría de los Estados son demasiado débiles para lograr la verdadera democracia liberal. Ante ello debemos preguntarnos: ¿si es cierto que esa estructura profunda realmente existe, entonces por qué debemos molestarnos en hacer algo, ya que la democracia liberal emergerá en algún momento de todas maneras? Si es indispensable la voluntad para concretarla, entonces no es posible asegurar cuál será el resultado final; en este sentido, no se trata de una tendencia inevitable, como el autor argumenta, y, aunque ponga el énfasis en la cultura, finalmente asegura que todas las culturas aceptarán la superioridad de los valores occidentales. En el fondo propone la superioridad y universalidad de la cultura occidental.

Por el otro lado Huntington, aunque otorga mayor importancia a las diferencias culturales, no les concede la misma relevancia a todas las culturas y, obviamente, considera que la occidental es la mejor, por lo que para protegerla propone una estrategia equivocada: influir en las demás, pues de esta forma se puede terminar generando amplios movimientos sociales de rechazo. Más aún, se opone profundamente a lo que considera una franca intromisión de parte de otra cultura: la mexicana.

De acuerdo con Fukuyama, las instituciones pueden, en definitiva, cambiar a la cultura, mientras que según Huntington debe haber una congruencia básica entre

ciertas instituciones y cierta cultura. A la luz de toda esta información, ¿debemos admitir la posición de Huntington de la inevitabilidad de un choque entre civilizaciones o es preciso aceptar la innegable supremacía de los valores occidentales de la democracia liberal capitalista?

Retomaremos el optimismo de Fukuyama y el pragmatismo de Huntington para explorar algunas ideas sobre el tema. El choque de civilizaciones no es inevitable, pero es necesario entender que se producen cambios en las civilizaciones: una civilización o cambia de manera significativa o tiende a desaparecer, por lo que, aunque optáramos porque los valores occidentales se perpetuaran, no existe nada en ellos que garantice su existencia eterna, al igual que no hay nada en otras civilizaciones que les garantice su permanencia.

Este trabajo es una invitación a retomar lo mejor de ambas posiciones. A pesar de todo, Fukuyama y Huntington destacan la relevancia de la cultura en las relaciones internacionales y la asocian con la cooperación o el conflicto, a pesar de que por caminos divergentes concluyen que una cultura es la superior: la occidental. Esto último sin duda les resta fuerza y validez a sus herramientas explicativas. En otras palabras, o bien se considera de manera general a la cultura como un factor relevante en todas las naciones o la teoría se debilita. En realidad estos autores sólo vinculan a una cultura específica con la cooperación: la liberal democrática occidental.

## **La cultura como ingrediente esencial de las relaciones internacionales**

Como lo mencionamos anteriormente, Richard N. Lebow ha formulado una teoría de las relaciones internacionales en la cual realmente sí se toma en serio a la cultura (Lebow, 2008: 2); no sólo a una en particular, a la que se consideraría superior, sino a todas las distintas culturas del contexto internacional.

Este autor pretende ofrecer una explicación de los distintos conflictos históricos no solamente en términos de la lucha por el poder, como lo hacen los realistas, sino a partir de una combinación de factores, como los apetitos, el espíritu (la autoestima) y la racionalidad. Identifica asimismo una cuarta motivación que surge cuando la razón no ha sido capaz de moderar a los apetitos y al espíritu: el miedo.

Lebow considera que los motivos mencionados conducen a distintas metas y tipos de comportamiento, lo cual acarrea implicaciones que dirigen a las naciones al conflicto, a la cooperación o a correr riesgos. De acuerdo con este autor, dichos motivos son universales. La razón educa tanto a los apetitos como al espíritu.

Según este analista la cultura otorga diferentes prioridades a estos factores. Apunta que tanto en el nivel nacional como en el internacional existen jerarquías

que dan como resultado el orden y que se basan en los principios de justicia aceptados en las diversas sociedades; sin embargo, apunta que si la actuación de las elites se desvía mucho de estos principios se terminará por caer en el desorden y en la inestabilidad, y posiblemente hasta en la necesidad de un cambio. La solidez de una sociedad dependerá de la correspondencia entre las jerarquías y los principios de justicia en los que está fundada (Lebow, 2008: 506).

A través de la construcción de tipos ideales, este autor explica distintos casos de conflicto y de cooperación a lo largo de la historia. Sin duda brinda un amplio marco referencial que nos permite explicar el cambio en la actuación de un país cuando, a pesar de que siga teniendo la misma motivación económica, actúa de forma diferente. Por ejemplo, una nación puede tener un interés especial por el petróleo y actuar de manera distinta pese a tal circunstancia en diversos momentos, quizá movida por alguna otra fuerza. La riqueza de su marco de referencias evita que esta teoría caiga en el determinismo propio de los estudios economicistas, que consideran solamente la racionalidad económica, aunque no por ello la descarta, sino que la incorpora junto a otros importantes elementos.

Este brillante internacionalista sostiene que los cambios en las identidades o intereses de los actores nacionales pueden llegar a modificar el carácter de las sociedades en donde interactúan. Ofrece un modelo dinámico de la relación entre identidad, interés y comportamiento, y explica cómo este proceso moldea y puede llegar a cambiar el carácter del sistema político (Lebow, 2008: 33).

A partir del estudio de la política construye un marco conceptual para una teoría de las relaciones internacionales (Lebow, 2008: 505). Se centra más en el análisis del conflicto que en el de la cooperación, pero aun así ofrece un paradigma en el cual introduce algunas motivaciones ideales estudiadas a lo largo de la historia, pero que últimamente han sido olvidadas. Rechaza, además, la visión anárquica del contexto internacional, subrayando la existencia de normas que, aunque en un sentido muy amplio, por lo menos crean una sociedad internacional *mínima o delgada*. En su opinión los agentes, las presiones externas y la suerte también ayudan a determinar la duración de los órdenes sociales.

Siguiendo a Lebow, aceptamos la conformación de jerarquías internacionales y que éstas estén basadas en principios. En otras palabras, son los principios de justicia los que justifican a las jerarquías y facilitan el orden. Precisamente, debido a la existencia de distintos principios de justicia en las diversas sociedades se producen los conflictos, porque estos principios cambian no sólo de sociedad a sociedad, sino también de región a región (Lebow, 2008: 26). Si ocurre un cambio en la concepción de la justicia, entonces la jerarquía vigente pierde su legitimidad y, muchas veces, se producen modificaciones importantes en la dinámica de las relaciones internacionales.

Este teórico argumenta que no sólo se debe recurrir al poder explicativo del miedo, de sus orígenes (realistas), sino también al de los apetitos o intereses materiales (marxistas), los del espíritu (autoestima) y los de la razón.<sup>14</sup> Se trata de impulsos que generan diferentes jerarquías sociales con diversos principios de justicia. El orden en los niveles individual, regional e internacional se sostiene por estas jerarquías, o bien se debilita o incluso se rompe cuando la discrepancia entre el comportamiento y los principios de justicia es muy grande.

Lebow propone varios tipos ideales de relaciones internacionales:

1. *Mundos informados donde domina la razón*. La cooperación es la norma en la medida en que los actores comprenden que es necesaria para la felicidad y la realización. Como los actores comparten las metas y una concepción de justicia, los conflictos se solucionan fácilmente. Los riesgos que asumen dependen de la naturaleza de su sociedad y sus principios de justicia (modelo basado en Platón, Aristóteles, San Agustín y Rawls).
2. *Mundos basados en el espíritu (autoestima)*, donde la cooperación es la rutina. Más que en los intereses comunes, se funda en la amistad y en los lazos familiares, aunque la cooperación es más fácil entre desiguales que dependen de un líder, que entre iguales que compiten por el liderazgo. En estos mundos, el conflicto también es la norma. Las guerras por honor son frecuentes en las sociedades tradicionales. Se aceptan los riesgos, que suponen ganancias o pérdidas. En las sociedades guerreras, el honor no se puede obtener sin riesgo (modelo basado en Homero y en Tucídides).
3. *Sociedades basadas en los apetitos (intereses materiales)*, en donde la cooperación también es la rutina. Ambas, cooperación y normas, están basadas en intereses comunes. También aparecen intereses opuestos, y sólo en la medida en que la razón prevalezca tratarán de resolver los problemas en una forma pacífica, porque todos comparten el interés superior de mantener la paz, y precisamente mediante los procedimientos y las instituciones avanzan mejor en la consecución de sus objetivos materiales. No corren tantos riesgos por las ganancias, pero sí para evitar las pérdidas (modelo basado en Adam Smith, Immanuel Kant y el liberalismo).
4. *Mundos basados en el miedo*. Son altamente conflictivos, pues ni los medios ni los fines del conflicto se ven acotados por las normas. Los actores se concentran en la seguridad como su primera preocupación. Como lo establece el “dilema de la seguridad”, se producen carreras armamentistas con

<sup>14</sup> Véase Lebow (2008), quien explica cómo la búsqueda del prestigio o el honor por parte de los Estados introduce un elemento irracional que exagera la tensión y acrecienta el conflicto.

el consecuente aumento de la inseguridad. El miedo a un adversario común crea incentivos para cooperar, pero solamente en tanto se perciba que permanece la amenaza. Constantemente se corren riesgos, porque perder la seguridad propia sería desastroso (Lebow, 2008: 515) (modelo basado en Tucídides y Hobbes).

Lebow advierte que como los tipos ideales de Weber, los suyos también presentan una acentuación de los atributos de una determinada realidad con la finalidad de crear una construcción mental que nunca se encontrará en la práctica, pero contra la cual se pueden medir algunas aproximaciones reales (Lebow, 2008: 93). El modelo que presentamos pretende, de forma similar, elaborar una construcción ideal contra la cual podamos medir, en el caso de los países y sus relaciones internacionales, qué tanto se comportan de forma racional, promoviendo la cooperación y la paz, al actuar conforme a los principios que en el propio modelo proponemos.

En la medida en que pueden ser elegidas por todos los países, las soluciones son aceptadas como justas. Estos principios podrían regir en todos los tipos de sociedades descritos por Lebow siempre que pudieran ser aceptados por todos como condiciones necesarias para la negociación. Lo que vuelve interesante su teoría para nuestros propósitos es que no sólo considera la racionalidad sino que incluye los deseos, el miedo, la autoestima, elementos cuyo contenido cambia dependiendo de la cultura. Retomaremos esta idea de la necesidad no sólo de la racionalidad, sino de otros factores para llegar a establecer relaciones de justicia entre distintos países con diferentes culturas y, por tanto, prioridades.

Nuestra propuesta intenta ir aún más allá de Lebow al ofrecer principios que pueden ser aceptados por todos los países, independientemente de la especificidad de sus culturas; esto es así justamente porque se las toma en cuenta, se proponen principios lo suficientemente amplios y se plantea un mecanismo de empatía que ayude a los actores internacionales a resolver sus conflictos y los conduzca al establecimiento del orden y a la cooperación. Con base en los principios propuestos, la acción en el nivel internacional, aun en el contexto de las jerarquías, fomentará la cooperación y nos alejará de la tensión.

## **Los elementos de la propuesta**

Nuestra propuesta intenta reunir a las civilizaciones en un acto de reflexión que las motive a cambiar poco a poco lo que sea necesario. Se trata de situarlas en un diálogo internacional, uno de cuyos principales objetivos sería propiciar el acercamiento de valores, para lo cual se establecerá desde un principio que no necesariamente los

occidentales emergerían como los triunfadores. A través del razonamiento y de la empatía, los mejores valores sobrevivirán, mientras que otros tenderán a desaparecer.

Se insta a un diálogo que obligue a las comunidades a entenderse, profesando un espíritu afín al modelo que se propone aquí. El fin último es obtener soluciones que consideren seriamente las distintas posiciones en un conflicto. En la propuesta se otorga relevancia a la cultura, pero no a una en particular, sino a las culturas en general. Para lograr este fin, como hemos señalado, nos valdremos de algunos elementos de la teoría de la justicia de John Rawls, aunque justamente no utilizamos los que presenta en sus trabajos acerca de la justicia en el ámbito internacional, sino que nos enfocamos en su reflexión sobre el papel de la justicia en la estructura básica de la sociedad. Podremos percatarnos de que tampoco Rawls confiere la debida relevancia a la cultura para la toma de decisiones en materia de justicia en las relaciones internacionales, pues en el fondo también cree en la superioridad de la cultura occidental.

Se retoman algunos elementos para construir una visión federalista de la justicia en las relaciones internacionales que sea consistente con ella. La intención es superar ciertas limitantes que presenta *El derecho de gentes* del propio Rawls (1999). Nuestro objetivo es llevar esta teoría de la justicia al ámbito de las relaciones internacionales en una forma institucional y práctica, pues Rawls no lo hizo en el libro mencionado. Pretendemos demostrar que el filósofo político estadounidense no llegó más lejos porque su principal preocupación era salvaguardar sus principios sólo para algunos países, excluyendo —como mencionamos al principio del libro— a aquéllos a los que, desde su óptica, basta tolerar en el terreno internacional, pues en realidad no los considera como iguales. Lo mismo hace con otras naciones a las que incluso excluye de los derechos fundamentales: los llamados por él países proscritos.<sup>15</sup>

En los siguientes capítulos analizamos la riqueza y limitaciones del concepto de federalismo, procurando señalar su utilidad para nuestro argumento. Demostraremos que precisamente el sistema federalista es el que contiene de mejor manera las características necesarias para promover la cooperación, mientras que la concepción federalista nos permitirá conceder igual importancia a todas las culturas y, por ende, a todos los países; no obstante, señalaremos sus limitaciones en lo que concierne a la propuesta que presentamos y argumentaremos en favor de la introducción de una salvaguarda al federalismo, con el fin de que sirva mejor a nuestro propósito.

Asimismo, desarrollamos otros elementos del modelo. El principal consiste en tomar seriamente el ideal de la igualdad entre los países, lo cual Rawls no hace en su

<sup>15</sup> Entre estos derechos fundamentales están la libertad de pensamiento, de expresión, de voto, de asociación, entre otros.

obra. A partir de este fundamental reconocimiento, la propuesta postula la necesidad de poner a todos los países en una *posición original*, a la manera rawlsiana, lo cual supone colocarlos tras el velo de la ignorancia, situación a partir de la cual podrán elegir dos principios de convivencia internacional. Con el primero se acepta la igualdad entre los países y el segundo es aquel que establece que ninguna nación puede utilizarse como un mero medio, pues cada una es un fin en sí mismo.

Posteriormente, invitaremos a las partes a practicar un ejercicio de empatía, poniéndose cada una en la posición de un país y luego en la del otro, para así propiciar la construcción de una solución que resulte aceptable para cualquiera. El argumento central de la propuesta consiste en demostrar que usar la *teoría de la justicia* de John Rawls con una perspectiva federalista incluyente resulta un mejor enfoque que el que este mismo autor formula en *El derecho de gentes*.

Nuestro modelo atribuye igual peso a todos los valores del espectro internacional, reconociendo así el principio de igualdad. Es por ello que sostenemos que la premisa de la igualdad de derechos entre todas las naciones puede marcar la diferencia entre la supervivencia o la desaparición de las partes en los conflictos internacionales. No se trata de explicar las relaciones internacionales a partir de analizar qué actores nacionales poseen o logran obtener el mayor poder, sino de impulsar consensos.

En este ejercicio teórico, los diversos actores internacionales deberían aceptar colocarse en una *posición original* y desde allí tratar de lograr una distribución justa de los recursos. Gradualmente las disparidades tenderán a mitigarse no sólo dentro de las sociedades, sino también entre las sociedades pues, como hemos venido mencionando, se impulsaría a las partes a experimentar ambas posiciones en una relación y a alcanzar una perspectiva común en la que los dos o más actores involucrados puedan aceptar la decisión compartida; así no habrá posibilidad de que admitan una distribución injusta de los recursos, aunque tampoco elegirán una perfectamente justa. Este mecanismo de la empatía se parece bastante al principio de la diferencia de Rawls. Según este autor las diferencias sociales no son por sí mismas injustas, siempre y cuando trabajen en favor de los menos privilegiados o de los que más necesitan.

Para ello resulta indispensable incorporar al federalismo en el modelo, lo cual significa que no basta que los países occidentales *toleren* a otros, como lo propone Rawls, pues incluso en ciertas circunstancias se enriquecerán con elementos provenientes de otras civilizaciones. La idea de tolerancia, aunque suena políticamente correcta, sólo significa portarse de una forma “educada” con los otros, pero no toma en serio la necesidad de la igualdad ni reconoce el peso de los distintos argumentos.

Los países o grupos de ellos que acepten ubicarse tras el velo de la ignorancia con el fin de negociar sus formas de relación sin duda encontrarán los valores más

adecuados. El ejercicio diseñado impone como necesidad tratar de entender a las diferentes culturas para así construir un pacto internacional que mantenga la paz perpetua, como lo deseaba Kant.

Con fundamento en las ideas de Rawls, se propone una utopía realista que consiste en la postulación de ideales utópicos basados en las capacidades potenciales reales de la humanidad (Wright, 1995); sin embargo, no se trata de un modelo tan utópico que carezca de sentido, sino de uno que podremos alcanzar algún día o que al menos se pueda aplicar en algunos problemas específicos entre los países.

Al tomar en serio que todas las culturas son igualmente relevantes, asumimos que es posible aprender de todas y, aunque hay ciertos aspectos de la cultura occidental que consideramos de mayor valor, desde esta perspectiva también éstos entrarán en la discusión bajo el velo de la ignorancia. Otras culturas nos pueden ayudar a encontrar lo que hemos perdido o lo que debemos mantener a cualquier costo.

En última instancia, con esta práctica podremos defender lo mejor de nuestros valores, pero también atemperar algunos de nuestros excesos y tratar de cambiar los de otras culturas para mantener lo mejor de ellas. Todo esto tiene que considerarse en un contexto cultural para otorgar significado a la decisión de construir juntos lo que podemos denominar como una perspectiva común, característica ineludible para revestir de legitimidad a la decisión conjunta.

La piedra angular de este libro puede describirse de la siguiente manera: tomando en consideración la existencia de distintas jerarquías de poder e influencia a escala mundial, y asumiendo que éstas se justifican con base en diversos preceptos de justicia, se proponen dos principios que alejarán del conflicto a la comunidad de las naciones conduciéndola cada vez con mayor fuerza a la cooperación internacional. Sin duda este modelo sólo será eficaz en la medida en que se inserte en un mundo en el cual se asuma la racionalidad como estilo de relación y se cuente con cierta información específica, puesto que, como lo explica Lebow (2008: 513), cualquier grado de orden requiere de un componente significativo de razón.